



# Dos celebraciones

O. Complotes, tomo VIII

si la la I

(Para LA NACION)  
SALAMANCA, octubre de 1922

I

SE ha celebrado otra vez más eso que han dado en llamar la Fiesta de la Raza; es su denominación oficial. Una fiesta oficial que sirve en no pocas ciudades para que se ponga de manifiesto la ignorancia que aquí reina respecto a cosas de la América de Lengua no de raza—española. Porque de eso de raza, en el sentido fisiológico, nadie sabe apenas nada.

Con motivo de esa fiesta repercuten una vez más los consabidos tópicos de la hermandad hispano-americana. Este año me rogaron que hablase el día de la fiesta en el Paraninfo de esta Universidad de Salamanca y hablé y por primera vez en semejante celebración. Y como para mi raza tiene un sentido histórico, espiritual, y no antropológico, no material, y la sangre del espíritu—ya os lo tengo dicho—es la lengua, con todo lo que ella consigo lleva, que es mucho más de lo que se cree, fui a dar a la figura de José Rizal, el mártir de Filipinas, que aunque no tenía una gota de sangre material europea o caucásica en sus venas, lanzó al universo y a la eternidad, con su último suspiro, su último canto en español y no en tagalo. El inmortal canto con que se despidió de la vida Rizal, antes de ser vilmente ejecutado, está en español. Y recordándolo yo y leyéndolo en público en esa Fiesta de la Raza, recordé cómo al celebrarse el centenario de Calvino los calvinistas de Ginebra erigieron en esta ciudad un monumento expiatorio a la memoria de Miguel Servet, español, sacrificado por aquél y culpándolo al espíritu del siglo aquél. Y así España, en una de esas celebraciones de la Fiesta de la Raza, debería elevar alguna especie de monumento expiatorio a la memoria de José Rizal, que dejó un canto español a su patria, y aunque achaquemos aquella bárbara ejecución al espíritu... no, espíritu no! sino instinto... al instinto de aquella lúgubre época de la Regencia, la que culminó en 1838.

Y con motivo de esa fiesta y de la tan cacareada unión sbero-americana, ha vuelto a hablarse de los españoles de allí y de aquí, de los emigrantes y de los repatriados o

indianos. Los que en un tiempo se llamaban indianos y hoy se les llama aun en ciertas regiones del norte de España, "americanos". Indianos o "americanos" que empiezan a darse por estas tierras del centro de España, de Castilla y León, y empiezan a traer un cierto modo de ver y sentir la vida.

Y a este respecto se suscita la vieja y vulgarísima cuestión de si fueron los mejores o los peores ánimos, los más arrojados o los más desesperados, los que querían trabajar sin encontrar aquí trabajo o los que no querían trabajar los que cruzaron el océano. Es decir, todo el problema psicológico de la colonización, o mejor de la emigración española. Porque la más de la gente emigró, pero no a colonizar. Sabemos de uno que decía: "A mí me dijeron que iba a repoblar y luego resultó que me llevaban a trabajar!"

¿Sale de su patria y va a otra en busca de la fortuna el hombre que fía en su empuje, en sus brazos, en su voluntad, en su arrojo? No siempre. Muchas veces emigra el desesperado que es a la vez, por paradójico que esto parezca, el resignado, el fatalista y aun el indolente. Muchas veces emigra el que todo lo espera de la suerte, pero de la suerte gratuita: el que espera que le caiga el premio mayor de la lotería, pero sin jugar a ella. Que hay hombres así. Y suele ser el consuelo del que no tiene otro.

Nuestros lectores de allende el océano saben muy bien, como aquí no se sabe, lo que es la "bolada". Bolada, sin duda, de bola, como la de la lotería, y no volada, de viento. Nuestros lectores españoles de allende el océano saben lo que es vivir esperando la bolada, pero sin echar a bola alguna, sin jugar a la lotería. Algo que corresponde a la doctrina teológica de la gracia, y hasta a la de la predestinación. Es lo que está escrito, y lo que ha de ser será.

¡La bolada! Y cuando menos lo piensen los demás le llega la bolada, ¡qué suerte! No cuando menos lo piense él, no cuando menos él lo esperó, porque él está esperando siempre la bolada y aun sin esperanza. Es la esperanza del desesperado, que no es precisamente un desesperanzado. Entre desesperado y desesperanzado hay diferencia.

Entre las palabras que el inglés ha tomado del español está, junto a "camarilla", "pronunciamento", "siesta", "junta", etc., la palabra "desperado", que es nuestro desesperado. Y es que, sin duda, la desesperación debió de parecer un sentimiento profundamente español e intransferible. Pero la desesperación y no la deseperanza. El desesperado espera; el desesperanzado, no.

Y el desesperado no es siempre violento y trágico; hay una desesperación pasiva, negativa, resignada; hay una desesperación que se confunde con la resignación. Y se encuentra mucho entre hombres de España. Estos resignados de la desesperación esperan. ¿Qué esperan? ¡La bolada!

Es curioso que los más de los teólogos españoles hayan sido más propensos al pelagianismo, a dar valor al libre albedrío, que no a la doctrina contraria. Y, sin embargo, el pueblo cree aquí muy poco en el valor del propio esfuerzo. Pese al jesuitismo, la doctrina de Miguel de Molinos, el celeberrimo quietista aragonés, es de lo más español. Hay que esperar la bolada, pero hay que esperarla desesperadamente, y sin hacer nada para que ella nos llegue.

¿Y por qué no esperar la bolada aquí, en la propia patria? Ah, no; hay que cambiar de ambiente. Y, además, Dios echa más premios de lotería en otras tierras y se acuerda más de los que andan perdidos. La fortuna no le llega a uno si se queda en su casa.

Lo que no quiere decir, ¡claro está!, que no vaya uno a jugar. Precisamente la ocupación principal de nuestros antiguos conquistadores y pobladores de las Indias Occidentales era la de jugar; la pasión del juego era entre ellos la dominante. Se jugaban sus fortunas. Y acaso han dejado así con su lengua, con nuestra lengua, esta pasión del juego de azar, que es hoy todavía el más terrible azote de la civilización española. La clásica y castiza desesperación española se simboliza en el juego. Don Juan Tenorio, diga lo que dijere nuestra literatura, era más jugador que mujeriego. Se jugaba las mujeres e iba a conquistarlas por apuesta. El amor entraba por muy poco en él. Y don Juan Tenorio es uno de nuestros más característicos desesperados; es acaso el típico desesperado español.

"¡La vida es sueño!", exclamó nuestro Calderón. Y pudo haber dicho: "¡la vida es juego!". Pero tomando el juego en el sentido del de la lotería. La vida es una lotería. Y hay que esperar la bolada y aun sin haber tomado bola.

¡Aventureros... aventureros...! Y luego resulta que muchos de esos aventureros son ánimos terriblemente resignados, desesperadamente resignados, ánimos que todo lo esperan de la divina ruleta, que aguardan la bolada, la suerte, sin haber tomado bola. Cuando Dios quiere...

¡Aventureros... aventureros...! Muchos de aquellos supuestos aventureros que fundaron las nuevas Españas de allende el océano, de las Indias Occidentales, no eran más que hombres resignados, vencidos, des-

perados. No todos, sin duda, pero muchos de ellos. Iban tras la lotería divina. Y llevaron como fe religiosa la fe en el divino azar. Su devoción fué la pasión del juego. Se jugaron la suerte.

II

SE están celebrando las fiestas del centenario de la canonización de Santa Teresa de Jesús y los centros de esas fiestas son la ciudad de Avila, donde nació Teresa, la villa de Alba de Tormes, en esta provincia de Salamanca, donde murió y se guarda casi todo su cuerpo, y el corazón aparte, y esta ciudad de Salamanca. Aquí, en esta ciudad de la Universidad, aunque muy poco universitaria, se celebró hace unos días, con asistencia de los reyes, el acto de declarar a la Santa doctora "h-

noris causa". Una ceremonia puramente litúrgica, con más sabor eclesiástico que civil y nada popular; una ceremonia fría. Por mi parte no la presencié.

El propósito en el medio eclesiástico y más bien monacal era que fuese la Iglesia la que hubiese declarado a Santa Teresa doctora mástica, como tiene declarado doctores a otros santos escritores. El último, si no recordamos mal, a San Alfonso de Liguorio. Mas como la Santa Sede no parece que se mostrara ahora muy propicia a esa declaración se ideó que fuese la Universidad de Salamanca, pero la laica, la del Estado, la que lo hiciese. Porque también el Seminario Pontificio de esta ciudad se llama Universidad, y parecía lo natural que fuese él, que es el que confiere grado de doctor en teología

SALAMANCA

REDON SALAS



## por Miguel de Unamuno

católica, el que hiciese esa declaración. Pero un Seminario Pontificio, diocesano, no puede hacer lo que la Iglesia se reserva.

Esa declaración no pasa de ser un honor que a muchos se nos antoja algo pueril. Y hay que tener en cuenta, por otra parte, lo poco o nada universitaria que fué Santa Teresa de Jesús y el recelo con que en su tiempo la miraron los letrados y los doctores. Sin que por eso fuese popular. Porque la Santa no fué popular en vida. No pudo serlo. Ni lo es en muerte.

Santa Teresa de Jesús no es, en efecto, popular; no lo es en España, en éste su pueblo. No es abogada contra nada, ni contra las tercianas o el mal de muelas o las jaquecas, ni para encontrar cosas perdidas o para que le caiga a uno la lotería. Ni es una santa milagrosa. No se cuenta de ella milagros. No hemos oído que en Alba de Tormes, donde se guarda su cuerpo, haya ocurrido curación alguna milagrosa junto a él. No es un foco de peregrinaciones verdaderamente populares. Es una santa para literatos y hasta para iliteratos no siempre ortodoxos.

Se intentó, sí, un milagro, pero el milagro fracasó.

Consérvase en Alba de Tormes el corazón de la Santa aparte del resto de su cuerpo, del que se le arrancó recién muerta, y se conserva dentro de una ampolla de vidrio y montado sobre unos hilos metálicos. Tiene el corazón momificado una hendidura que dicen ser la de la transverberación. Pues bien, allá por el año treinta y tantos del siglo pasado apareció en el fondo de la ampolla que guarda el corazón de Teresa una que dijeron ser una espina desprendida de él. Y como coincidió con una manzana de frailes o cosa así, comentóse el milagro. Luego, en otra coyuntura análoga, apareció otra espina y así varias.

Del milagro de las espinas se habló y se escribió largamente. Hay Vidas de la Santa en que se le pondera. En una ocasión, a mediados del XIX, se le pidió a esta Universidad de Salamanca que informase sobre el milagro de las espinas, y el informe, que se conserva en el archivo, es un monumento de cobardía. En él no se dice nada, ni se compromete nada. Cierto es que los peritos no pudieron examinar y ensayar las famosas espinas.

En otra ocasión vino a esta ciudad

y fué a Alba de Tormes un profesor naturalista e incrédulo, con sus ribetes de volteriano, y el buen D. Manuel Ma. José de Galdo salió diciendo que podrían ser unas vegetaciones criptogámicas brotadas del poso de polvillo del fondo de la ampolla. Otro incrédulo, D. Francisco Fernández Villegas (Zeda), me dijo una vez que no había logrado ver las tales espinas y que sin duda hacía falta fe para lograrlo. Pero yo las ví y más de una vez; ví las famosas espinas o sea los palillos escarbadientes. Y hay fotografías de ellos; hay fotografías del corazón con las espinas milagrosas. Difícil ya de encontrarlas porque se mandó retirarlas del comercio, pero que conservan con devoción las personas que no se han resignado al fracaso del milagro.

Así las cosas parece que a la Orden Carmelitana se le ocurrió la tentadora idea de solicitar de Roma que en el rezo del día de la Santa, 15 de octubre, se incluyera alguna mención del milagro de las espinas, que se le diese valor oficial litúrgico a éste y entonces la Santa Sede acordó que informase sobre ellos el prelado ordinario de la diócesis, de esta diócesis de Salamanca, que lo era entonces el P. R. fray Tomás Cámara, de la Orden de San Agustín. Y fue-se a Alba con un secretario.

Lo que allí ocurrió lo supimos de muy buen conducto. Y fué que llegado el obispo, reunió a la comunidad, sacó el corazón de la ampolla, sacó las espinas y limpió aquél. Las espinas resultaron ser palillos mondadientes. Y apretadas las monjas y conminadas bajo severas penas canónicas a que manifestaran lo que supiesen, declararon que era costumbre que les diesen objetos devotos—medallitas, escapularios, etc.—para ser tocados por el corazón y como el contacto inmediato no era posible, se tocaba a aquél con un palillo y luego con éste al objeto devoto para transmitirle el misterioso efluvio o la electricidad mística. Y que en algunos casos se habían caído los palillos. Lo que no explicaron es cómo se cayeron precisamente en días en que los pícaros liberales hacían alguna harabasada, ni cómo se quedaban allí los mondadientes ni cómo se les hacía pasar por espinas y se celebraba y comentaba el milagro. El P. Cámara quitó los mondadientes, volvió a colocar el corazón en la ampolla, pero ya sin ellos, mandó que se recogiesen las fotografías que se apare-

cia el corazón con sus espinas milagrosas y publicó en el Boletín eclesiástico de la diócesis un escrito bastante hábil para deshacer la superchería sin herir demasiado la crédula simplicidad de ciertas gentes. Y hoy no hay ya espinas. Pero hay fervientes carmelitanos, de los incapaces de entender a Santa Teresa de Jesús, que no perdonan al difunto prelado aquella resolución. "Como era de otra Orden..." le hemos oído decir a uno.

Y no extrañe esto de los celos y rivalidades entre las distintas órdenes religiosas. Recordamos que en cierta ocasión, no hace mucho, una revista carmelitana decía que por mucho mal que Lutero hubiese hecho a la Iglesia Católica Romana, Santa Teresa le había hecho mucho más bien que Lutero mal. A lo que una revista de la Orden de San Agustín, de la Orden a que pertenecía Lutero, contestaba con una gran compunción que desgraciadamente eso no era así, pues aun siendo mucho el bien que Santa Teresa hizo no se podía comparar con el mal que había hecho Lutero. Que era como decir: "Eh, cuidado y guárdesse las jerarquías que la vuestra en el orden angélico no llega a la graduación a que en el orden demoníaco llega el nuestro". Y no sabemos si habrá algún milagro demoníaco de Lutero que equivalga al de los palillos del corazón de Santa Teresa y que no haya sido deshecho.

Con todo ello volvemos a repetir que el culto a Santa Teresa no ha logrado hacerse popular. El pueblo, ni lo entiende ni siente a aquella mujer que fué al claustro buscando libertad. El pueblo no entiende de misticismo. La mística no tiene nada de popular. De Santa Teresa hablan y escriben literatos y teólogos y médicos, pero al pueblo no le dice nada. Ni le lee porque no le entendería.

Acaso en su tiempo, en tiempo de la Santa, en el siglo XVI hubiese en España, entre el pueblo, y entre el pueblo de los campos tal vez, quienes sintieran algo como lo que Teresa de Jesús sentía, ¿pero hoy? Hoy eso resulta a los más literatura. Y, sin embargo...

Siglos antes de Santa Teresa, a fines del siglo IV, en el año 385, fué decapitado en Treveris, por hereje, Prisciliano, obispo que fué de Avila, y en torno al cuerpo de Prisciliano, el Apostol, que se trajo a España, enajó un intenso culto popular con sus peregrinaciones. El cuerpo que se venera en Compostela, el del Apóstol, parece muy probable que sea el de Prisciliano. Y Prisciliano es el primer místico ascético de España, el primer predecesor ibérico de Santa Teresa, el primero que formuló la religiosidad hispánica que podríamos llamar monacal. Entre Compostela y Alba de Tormes debe de haber corrientes espirituales soterradas. Y Prisciliano fué en España popular, como no lo ha sido Santa Teresa. Y no hace falta ninguna de que a nadie se le ocurra nombrar doctor de cristianismo ibérico a Prisciliano.

